

AÑO II

6 de Enero de 1899.

NÚM. 8

**REVISTA
POPULAR**

M. del Pinar

ARTE, EDUCACIÓN, LITERATURA.
POLÍTICA, SOCIOLOGIA

Administración: Madrid, General Arrando, 10, segundo derecha.

20 céntimos.

SUMARIO DEL NÚMERO 1

TEXTO

Reconquista, por León Lizana.—**La crisis de los partidos liberales**, por Francisco Giner.—**Descentralización**, por Luis Durán y Ventosa.—**Joaquín Costa**, por C. B. de Q.—**El teatro de Wagner**, por A. de Beruete y Moret.—**La cuestión de Fashoda**, por Juan Uña y Sartou.—**Crónica literaria**, por Carlos Luis de Cuenca.—**Crónicas femeninas**, por María Goyri.—**Higiene infantil**, por el Dr. Pinilla.—**Crónica internacional**, por A. Sela.—**Crónica científica**, por L. de Hoyos y Sáinz.—**La cooperación**, por Salvador Mediano.

FOTOGRAFADOS

D. Joaquín Costa.—El teatro Wagner de Bayreuth.—Freya y los gigantes (El Oro del Rhin).—Los nibelungos (idem).—Parsifal.—Las Walkyrias.—Croquis del Alto Nilo.

SUMARIO DEL NÚMERO 2

TEXTO

Literatura y Arte: El palacio de Würzburg, por A. de Beruete y Moret.—**Crónica literaria**, por Carlos Luis de Cuenca.—**Giacomo Puccini**, por *Rastignac*.

Educación: Crónicas femeninas, por María Goyri.—**De chicos para grandes**: *El fuego quema* (cuento), por Alejandro Guichot.

Política: Los programas, por Adolfo Posada.—**Aspiraciones de Cataluña**, por Francisco de A. Rodón.

Lecturas españolas: Colectivismo agrario en España, por Rafael Altamira.—**Hampa** (Antropología picaresca), por Constancio Bernaldo de Quirós.

Crónica científica, por L. de Hoyos Sáinz.

Revista de las Revistas, por la Redacción.

FOTOGRAFADOS

Vista general del Palacio de Würzburg.—Vista de la ciudad.—Casa del Concejo.—Reja.—Techo de la escalera del Palacio.—Tiépolo (fragmento).—Techo del salón central: Tiépolo.—Reja.—Giacomo Puccini (retrato).—Ilustración de *El fuego quema*.—Rafael Salillas (retrato).

SUMARIO DEL NÚMERO 3

TEXTO

Literatura y Arte: La casa de Goethe, por A. de Beruete y Moret.—**Crónica literaria**, por Carlos Luis de Cuenca.

Educación: Las cooperativas escolares, por Adolfo A. Buylla.—**Crónicas femeninas**, por María Goyri.

Política: Los regeneradores, por L. Besteiro.—**La guerra de mañana**, por I. Luquessi.—**Crónica internacional**, por A. Sela.

Sociología: Crónica social, por L. Díaz Canseco.

Variedades: G. de Mortillet, por C. B. de Q.—**Crónica científica**, por L. de Hoyos Sáinz.—**Revista de las Revistas**, por *Rastignac*.—**Bibliografía**, por la Revista.—**Libros recibidos**.

FOTOGRAFADOS

Vista de la casa de Goethe en Weimar. Salón. Gabinete de trabajo. Alcoba en que murió Goethe.—Mapa del extremo Oriente.—Gabriel de Mortillet (retrato).

SUMARIO DEL NÚMERO 4

TEXTO

Literatura y Arte: La Walkyria, por B. y M.—**Lecturas españolas**, por Rafael Altamira.

Educación: Fruta prohibida (cuento), por A. Guichot.—**Higiene infantil**, por el Dr. Pinilla.

Política: ¿Sobran Ministerios?, por A. Posada.—**Para la guerra de mañana**, por I. Luquessi.

Sociología: Resultante sociológica, por R. Salillas.—**Estadística de la cooperación en Inglaterra**, por S. Mediano.

Biografía: Enrique Ferri, por C. Bernaldo de Quirós.

Revista de las Revistas, por la Redacción.

Bibliografía.

FOTOGRAFADOS

Wothan.—Fricka.—Brunilhe.—Ilustración de *Fruta prohibida*.—Enrique Ferri (retrato).

REVISTA POPULAR

Año II

Madrid 6 de Enero de 1899

Núm. 8.

EL BALANCE DE ESPAÑA

1898-99

¡Triste balance! ¡Fatal liquidación! Horrosa quiebra la de España en el año que ahora acaba, llevándose tras sí no sólo colonias, dinero y hombres, sino algo más hondo de la entraña nacional, lo que nos sostenía desde 1815, si no en la admiración y la envidia, sí en el respeto y tal vez en el temor de los demás, ¡la historia alguna vez, la tradición muchas, la leyenda siempre! del carácter español.

Pero como en los más la historia es novela y la bandera adorno, esta noche hay que celebrar el fin del año, la noche vieja, no con la tristeza de la despedida, sino con la alegría de la llegada. Por eso tal vez mis compañeros de viaje, hablan los unos, de la estética de su respectivo uniforme, elogiando uno la elegante pelliza con vueltas de astracán, y otro ponderando la señorial amplitud del capote; los otros discuten acaloradamente la posibilidad de un ministerio Silvela. Y por ello sin duda causóles asombro y qué sé yo si conmiseración hacia mí, el oírme exclamar:—¡Ese uniforme á estas fechas me parece un sudario, y esos ministros gusanos!.. ¡Porque en este momento desaparece de América la bandera de España! Amoscados quedaron por aquel *memento* de trapense, y largo hubiera sido el silencio si uno de ellos no preguntara con la buena fe de un Panglós. ¿Y qué perdemos ya con ello?

A contestar á mi anónimo interlocutor y á cuantos con él piensan, por aquello del que no se consuela es porque no quiere, va ende-

rezada esta información, en que el lápiz del dibujante hace gráfico y ostensible el desastroso balance nacional de 1898.

* * *

«La primera y más grande página de la historia de la colonización europea corresponde, sin duda, á España,» dice Caldecott (1) en un precioso libro acerca de colonización; y á buen seguro que habrá de añadir en ulteriores ediciones «la más rápida y enorme catástrofe de la colonización, España la registra.» Bien á las claras está la prueba en los siguientes datos.

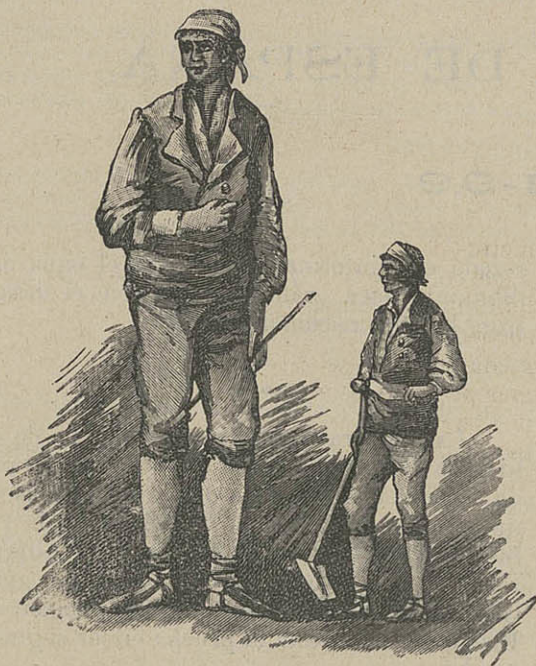


A poco menos de la mitad ha quedado reducida la *superficie* de España por virtud de la Paz de París, pues de 931.374 kilómetros

(1) *English colonization and Empire, 1891*. Forma parte de la excelente serie de los *University Extension manuals*.



cuadrados hemos perdido 424.329, de los que unos 300.000 corresponden á las posesiones de Filipinas y el resto á las Antillas. ¡Grande es la pérdida, pero á mayores estamos acostumbrados! Porque había de ser unas ochenta veces mayor la desproporción si figura la España de Carlos V y Felipe II, cuando en Europa lucía nuestra bandera en Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Flandes, Milanesado, Franco-Condado, gran parte de Austria, y hasta cierto punto, en no escaso, de Alemania; en América se extendía nuestro poderío desde California á la Patagonia, incluyendo todo el Golfo de Méjico con las Antillas, y en Oceanía, figuraban como nuestras las ocho décimas de lo entonces conocido.



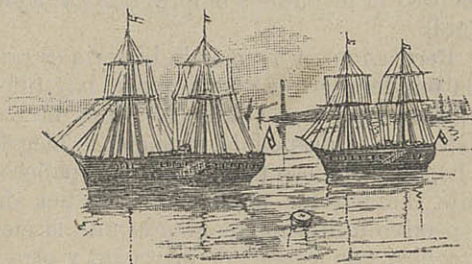
La población ha disminuido en un tercio; porque nueve millones y medio perdemos de los veintiocho que en conjunto figuraban en los censos de España; y digo esto y no españoles, porque nadie creará que lo eran antillanos ni filipinos, pues por sentimientos é ideas de unos negaban siempre la sangre de nuestra raza, y á los otros apenas llegó á dignificarlos la escasa parte que en ellos perdimos al realizar las mezclas á que tan dados son los españoles, en parte por espíritu democrático, y en mucho por condiciones fisiológicas.

Desgarbado é indolente aparece el representante de nuestra población total; proporcionado y laborioso quiso el dibujante hacer al que más dignamente sintetiza la que hemos salvado de la *civilizada* codicia yanqui.

La tierra y el hombre son los factores, pero no siempre el producto ó valer de un país. Por esto van sumariamente analizados los elementos que en primer término representan la vida



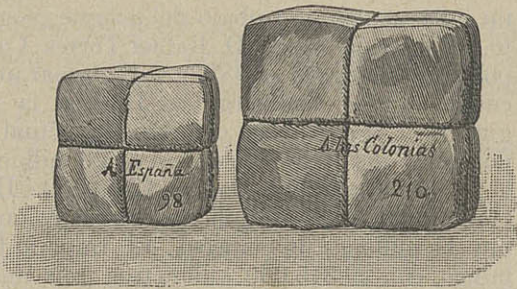
y actividades de un Estado, y si no exacta y menos justamente, sí debe figurar como primera representación la de sus *presupuestos*, que en la moneda grande representan los 928 millones de pesetas que ingresaban en España y sus Indias, y en la pequeña están descontados los 155 millones que nuestra *insaciable codicia* creía precisos para subvenir á las cargas públicas de cerca de 10 millones de habitantes repartidos en medio millón de kilómetros cuadrados, que formaban numerosas islas separadas por mares extensos.



El *comercio*, la más aproximada representación de la circulación en la biología de una nación, alcanzaba en las colonias 1.063 millones, cifra que no temía la comparación con otras tierras y poblaciones análogas, y sumado al de la Península está esquematizado en el mayor de los buques, que vale por los 2.740 millones del total, representando el otro los 1.717 que á la verdadera España le quedan.

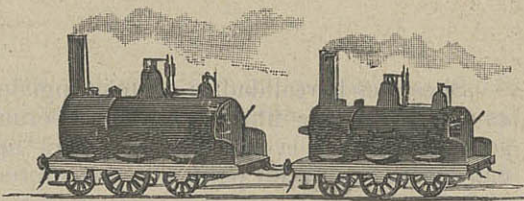
Como dato concreto del *comercio con las colonias*, figuran los dos fardos, los 98 millo-

nes que nos enviaban y los 210 que recibían de la metrópoli, amenazados de segura pérdida si á la lealtad de los mercaderes yanquis



se une la indolencia de nuestros comerciantes ante el cambio de régimen en las transacciones.

Instrumento de producción, ya que no origen de la misma, son los *ferrocarriles*, y en ellos es bien escasa la pérdida como puede



verse en la comparación de las locomotoras que representan los 14.400 kilómetros de vía que en dominios españoles hay tendida, y de los que sólo hay que descontar 2.118, que en su casi totalidad corresponden á Cuba.

Signos de actividad, bien ostensibles, son los *correos* y telégrafos, que en las cartas re-

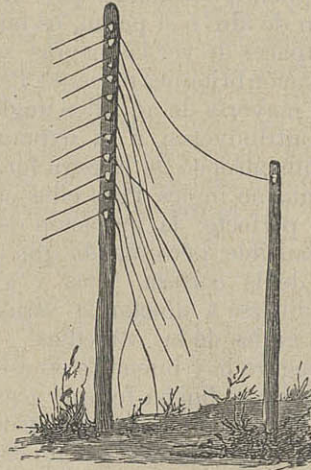


presentan 127 (1) millones, que corresponden á toda la comunicación postal de España, de

(1) Sin certificados, valores, etc.

los cuales han cambiado al sello unos 24, que en el sobre pequeño indican las correspondientes á Cuba, Filipinas y Puerto Rico.

La correspondencia *telegráfica* tiene una doble representación en el dibujo, la altura del poste da exacta idea de los 19.333 kiló-



metros de hilos que cruzaban á la Península y sus colonias, reducidos hoy á los 12.282 que han quedado en el tronco; los once hilos que sostiene el más elevado, representa cada uno medio millón de despachos, y el único del más pequeño, es algo reducido la equivalencia de los telegramas coloniales que tan tristes han sido estos tiempos para los españoles.

LUIS DE HOYOS SAINZ.

La supremacía anglo sajona.

CÓMO DEBE APRECIARSE

Dos maneras contrarias hay de apreciar en Europa la actual política agresiva, dominadora, de los anglo-sajones. La una, impuesta por el patriotismo *chauvinista*, ciego, y que consiste en ponerles como no digan dueñas; llámaseles cartagineses, utilitarios, mercachifles, cuando no otras cosas peores, no viendo más que el lado violento y cruel de sus empresas conquistadoras. La otra, aconsejada en parte por un amor patrio más clarividente, y que consiste á su vez, en abstenerse de lanzar insultos á la raza, que á nada conducen, y pa-

rarse á contemplar las cualidades de la misma, por virtud de las que han llegado á ser los anglosajones tan fuertes y poderosos.

En esta última manera de apreciar el florecimiento actual de los pueblos de lengua inglesa, pudieran señalarse varios matices: pero quizá son dos los principales. Hay, en efecto, quienes dominados por el entusiasmo no pasan de ahí, ó si pasan, es tan poco, que son incapaces de ver las negras sombras que la civilización británica presenta. Proceden éstos como la mayoría de aquellos anglomanos que tanto contribuyeron á la expansión por el continente europeo de la pura forma del constitucionalismo inglés. Para ellos el inglés es el hombre perfecto; la imitación de su tipo la única plausible; pero cuenta que tal imitación no pasa de la corteza, y así, v. gr., toda ella suele reducirse á afectar la seriedad y la tie-sura del inglés de las comedias.

De seguro hay buena fe en estos anglomanos; la misma buena fe que acaso había en cierto reformador militar de un país latino, que queriendo organizar su ejército como el mejor del mundo, como el alemán, dicen, no encontró nada mejor que cambiar el *clásico* modo de cubrir las cabezas de los generales, por el *casco* prusiano; como si la superioridad de los ejércitos dependiese de los *cascos*, *plumas* y demás adornos de fantasía.

Pero al lado de estos ciegos entusiastas de los anglosajones, hay quienes después de consignar la supremacía de éstos, creen que lo más oportuno es averiguar sus causas. Esta manera de apreciar la supremacía dicha, quiere y debe ser imparcial. Y es que, si después de haber penetrado muy en el fondo de las cosas, el viaje de exploración provoca en quien lo ha hecho una admiración grande, el conocimiento más directo de la realidad le obliga también á ver los defectos capitales de aquellos pueblos; no puede, en verdad, ocultársele que John Bull, el Tío Sam, más aún éste que aquél, tienen muchas dosis de groseros, de utilitarios, duros, fanfarrones, agresivos, etc. etc.

Que esta última manera de proceder para formar juicio, quizá es la más oportuna, y que además, puede ser la más fecunda, para los pueblos mismos, que han experimentado la acción agresiva de los anglosajones actuales, no hay necesidad de razonarlo casi.

La supremacía anglosajona, especialmente la del inglés europeo, no puede discutirse. Está ahí viva y... *sangrando*. En brevísimas cifras puede ponerse de manifiesto tal supremacía en el orden político y económico. De un interesantísimo trabajo del insigne geógrafo, mi querido amigo D. Rafael Torres Campos (*La Geografía en 1892*), voy á tomar unos cuantos datos demostrativos. Dice en la página 19: «Al comienzo del reinado actual, la población del Reino Unido era de 26 millones: la población colonial blanca, 1.250.000. Hoy la metrópoli tiene 40 millones; en las colonias hay 11 millones de blancos... El Imperio británico, con 29.315.000 kilómetros (seis millones más que Rusia, más del doble que Chile, y que Francia y sus colonias) y 315 millones de habitantes, es el primero del mundo en extensión y población; el primero también por su marina mercante, por el movimiento de sus puertos y por el comercio exterior (diez y ocho mil millones de francos, y el que le sigue llega á diez mil millones) que representa la vitalidad nacional, y el primero por la marina de guerra».

Si esta es la realidad; si además Inglaterra es el pueblo más libre y mejor gobernado, ¿qué actitud será la más prudente para apreciar, hasta con un fin patriótico, esa supremacía? ¿Insultar al inglés y echarle en cara sus reales defectos? ¿Admirarle con... la boca abierta y los ojos como puños? ¿No será mejor pararse á estudiar las causas de la supremacía británica y ver lo que haya en ellas de profundamente humano, de valor universal y de adaptable á nuestras mismas condiciones?

Y no haya temor de que por ese camino nos *extranjericemos* demasiado. Lo inadaptable á nuestro genio no arraigará. Además, como decía un distinguido sabio español, toda reforma extranjera, al penetrar en España, en el mismo Pirineo, le plantarán sin remedio el *calañés*, y en paz.

Por otra parte. Si los españoles tenemos mucho que sentir, y aun algo que temer, á causa de la supremacía anglosajona, á otros pueblos les pasa casi lo mismo. Ahí está Francia. Y, sin embargo, en Francia puede señalarse ahora mismo un movimiento muy fuerte y muy *patriótico* para el estudio serio de los anglosajones. Muchos datos pudiera señalar para probarlo; pero, sin perjuicio de ampliar el argumento otro día, me bastará estos dos li-

bros interesantísimos que lo revelan, toda vez que en ellos se llama la atención en Francia hacia la práctica en que se manifiesta el vigor de la raza inglesa, y hacia las causas hondas á que puede atribuirse la supremacía anglosajona.

Esos dos libros son: el de M. Buisson *La educación de los adultos en Inglaterra*, y el de M. Demolins *A qué deben su superioridad los anglosajones*.

En ambos libros se pide á los franceses que estudien é imiten.

Y no sólo esto. M. Demolins, que encuentra la causa de la superioridad inglesa en la educación, ha iniciado personalmente la imitación aconsejada, inspirando toda una reforma radical, libre, de la enseñanza en Francia, con el modelo de dos escuelas inglesas, según puede verse en un libro suyo recientísimo: *L'Educación nouvelle*.

ADOLFO POSADA.

Crónica internacional

Sir William Harcourt, que había sucedido á Gladstone en la dirección del partido liberal inglés, ha renunciado á la jefatura. A la edad de setenta y un años que cuenta el ilustre político, esta resolución no ofrecería nada de particular si no se lo relacionara con las nuevas tendencias de los liberales ingleses, que les van distanciando de sus antiguos *leaders*, partidarios de la moderación y la justicia en las relaciones internacionales. El imperialismo, con sus falsos esplendores, se les ha subido también á la cabeza á los liberales, y de la austeridad y la justificación del ilustre Gladstone á las ambiciones inmoderadas de los Rosebery, los Grey y los Asquith median leguas de mal camino, recorridas ya casi todas por los antiguos *whigs*.

De hoy más, en la política internacional, serán lo mismo liberales que conservadores en Inglaterra, es decir, se preocuparán muy poco todos ellos de la Moral y del Derecho.

*
* *

Y no obstante los vientos de violencia y de ferocidad que corren por el mundo, de cuándo en cuándo elevan su voz contra la injusticia, almas generosas que no transigen con ella ni aun cuando se la disfraza con la máscara del patriotismo.

Conocidas son las protestas formuladas en los Estados Unidos por varios senadores y miembros de la Cámara contra el imperialismo y el militarismo. Recientemente Mr. Carnegie, el gran metalurgista, ha pronunciado un notable discurso en el mismo sentido, y se asegura que Mr. Briant se pondrá en las primeras elecciones al frente de los que desean restablecer la tradición de justicia y de antimilitarismo de la Unión norteamericana.

En Alemania ocurre un caso parecido. El ilustre profesor Hans Delbruck ha condenado estos días enérgicamente desde su excelente Revista *Preussische Jahrbücher*, las violencias cometidas por los agentes del Gobierno imperial contra los habitantes del Slevig; y aunque se trata de imponerle por su noble actitud una corrección disciplinaria, dudo que el emperador se atreva á intentar, como algunos pretenden, separarlo del profesorado.

Y si estos hechos no fueran suficientes, nos bastaría recordar la hermosa campaña que en Francia han seguido tantos hombres de corazón sano y de inteligencia clara en favor de la revisión del proceso Dreyfus, para que los lectores se convenzan de que si muchas veces triunfa la iniquidad en el mundo, no es sin que contra ella luchen las personas honradas. El día que sean mayoría, prevalecerá sobre todos los intereses la justicia.

A. SELA.

DESEOS QUE MATAN

HISTORIA ORIENTAL

Más de trescientas esclavas tenía en su harem Abul-Azis, Visir poderoso á quien el Califa consideraba como el primer hombre de su imperio.

Muchas de ellas no habían experimentado la inefable ventura ni el placer arrobador de ser miradas por el magnífico Príncipe. Cuidaba éste, que era humano y generoso, de que todas viviesen con lujo y comodidad, y que nada faltase para su regalo y satisfacción. Salones amplios, por los que entraban el sol y la luz con exceso de rayos; cámaras riquísimas tapizadas con valiosas telas orientales; lechos blandos y de ebúrneo color; baños que parecían lagos aprisionados por mármoles brilladores en los que el agua tomaba reverberaciones luminosas; flores y pájaros; músicas y cantos, de todo disfrutaban aquellas elegidas que habían venido, con el llanto en los ojos y

la duda en el corazón, de la Judea, de Creta, de Smirna, de la Rumelia y de los valles abracados del Egipto. Los obesos y felices ennuocos sólo cuidaban de tan afortunadas mujeres por tener complacido á su amo, y cifraban su orgullo en ver alejados de aquellos encantadores lugares toda clase de insectos, desde la sabandija inmundada, cuya picada genera instantánea la muerte, hasta el mosquito verde, que con su ruidillo persistente aleja el sueño de los ojos.

Pero Abul-Azis no las molestaba nunca, y sus exigencias no pasaban de las que demandaban el rito implacable de religión—jamás olvidado—y el respeto á una ley sagrada y de raza.

Ejercía sobre ellas sus derechos de señor y esposo por una especie de ficción, para no dejar desairados los preceptos del viejo y santo código; y á la cuenta satisfacíase con saber que nada deseaban, que nada pedían, y que una bulliciosa y dulce alegría reinaba en todos los ámbitos de su feliz serrallo.

Era el Visir más bien que un enamorado de la poligamia oriental, un monógamo de Occidente, influido inconscientemente por la teoría cristiana que ata, con lazo invisible una vida á otra vida, y que robustece por una serie de hermosas ideas, la pasión espiritual con detrimento de la atrofiadora de la carne.

Este raro y singular modo de mirar las cosas terrenas, que le hacía renunciar sin violencia á multitud de enervantes y gratos placeres, no era extraño que naciese del culto idolátrico que sentía por Zara, su predilecta, su reina del harem; copia hermosísima que á una gracia inimitable unía un talento extraordinario.

Ella satisfacía por completo todos sus gustos, llenaba todos sus deseos é iluminaba todas sus horas. Contábale historias árabes y leyendas persas que le permitían olvidar los penosos y abrumadores negocios de Estado; dábale consejos que, á veces, evitaron sinietras caídas del imperio; inspirábale resoluciones enérgicas que vigorizaban la decadente existencia turca, y entreteníalo de tal modo con su palabra encantadora y con sus caricias oportunas, que Abul-Azis no tenía sentidos sino para consagrarlos á aquella mujer, ante la cual se humillaba gustoso, y por la que sería capaz de realizar todo linaje de sacrificios, incluso el de la apostasía.

Procedía Zara de una familia noble é ilustre, que tenía su asiento en una ciudad cercana á la margen izquierda del Nilo, en el alto Egipto, y á los diez y seis años, no cumplidos, casáronla sus padres con cierto sacerdote de la secta de los Jacobitas, deudo inmediato del *Abuna* de Gondar, en la Etiopía. Un año

solamente pudo vivir en compañía de su esposo, porque una incursión de árabes salvajes había destruído su residencia y causado á aquél la muerte, que la dejó en cinta y en poder de los asesinos.

Vendida en Alejandría, comprárala Abul-Azis, á la sazón Gobernador de la ciudad, que desde el momento en que la vió sintióse dominado por su singular atractivo.

No era, ciertamente, una belleza arrebatadora y deslumbrante, de esas que dejan como un reguero de luz á su paso, luz que se extingue y muere enseguida. Era la dulzura de su sonrisa lo que atraía, el brillo de sus ojos lo que sugestionaba, la pureza de sus líneas lo que hacía latir violentamente el corazón; de un moreno claro, formaba su piel satinada una especie de tornasol encantador, y la plasticidad y corrección de sus formas hacían pensar en la Venus Citerea que el cincel griego immortalizó en el mármol pentélico.

Cuando se presentó ante su señor Abul-Azis, persuadida de que su desgracia era irremediable, ni lanzó gritos ni formuló siquiera una protesta. Grave, silenciosa, ocultando su tristeza y su dolor, dijo con resignación al Visir:

—Tuya soy, señor, y á tu piedad me entrego.

Impresionado agradablemente Abul-Azis, atrájola hacia sí, y después de besarla en los ojos, contestó:

—Eres graciosa y pareces discreta: la mirada de tus negros ojos ha penetrado hasta lo más oculto de mi corazón y Alá quiere, sin duda, que seas tú la reina y el esclavo yo.

Así fué; algún tiempo después, habiendo dado á luz una lindísima niña, fruto de su malogrado enlace, que llamó Gulnara, entregóse por entero al amor que Abul-Azis la profesaba, y que tuvo eco sonoro en su corazón juvenil y apasionado.

Y pasaron largos años, no menos de quince de su entrada en el harem, durante cuyo tiempo no hubo más voluntad que la suya ni su Príncipe acarició á ninguna otra de sus esclavas. Ella mandaba sobre todas; sobre los ennuocos, sobre el Visir, y en muchas ocasiones sobre el imperio, porque á su consejo é indicación amoldábanse las más arduas resoluciones del Estado turco.

Un día, empero, notó una línea oscura en el rostro de Abul-Azis; parecía éste como embargado por un pensamiento oculto. No considerando prudente interrogarle, dejó pasar el tiempo, redoblando sus atenciones, sus caricias y su genio para entretenerlo y alegrarle. Desgraciadamente, su empeño no tuvo éxito. El Visir, cada vez más cejijunto y melancólico, sin rechazarla, amándola siempre, deseán-

dola á todas horas, necesitado de sus cuidados y de sus consejos, no disimulaba su disgusto ni su abatimiento.

—¿Qué tienes, amado mío, mi sol y mi luz?—preguntóle, al fin, Zara.—¿Qué te pasa que la tristeza invade y desfigura tu rostro hermoso, y mis palabras y mis caricias ya no consiguen, como en más bellos días, espantar á esa enemiga de la ventura? ¿Qué deseas? ¿Qué quieres? Píde á tu esclava su sangre gota á gota y la verterá; pídele sus carnes y, fibra á fibra, las arrancará de sus huesos y te las dará; pídele que suba al más alto minarete de la Mezquita y que de él se precipite, y serás complacido; pídele lo que ama y con tu amor llena su corazón y tuyo será sin reservas ni reproches, pero no sufras, ni te abatas, ni vea yo en tu frente esas arrugas crueles que un dolor desconocido marca iracundo.

—Zara de mi alma—respondió Abul-Azis, emocionado por rasgo tan sublime de abnegación, de apasionamiento y de sacrificio—mujer, la única que llena mi corazón y no me hace odiosa la vida; la que tantas horas venturosas me ha proporcionado y con solicitud piadosa de amante incomparable supo apartar de mi camino, en los pasados años, los abrojos y guijarros que hieren y mortifican; no trates ¡por Alá! de averiguar lo que perturba mi cerebro y golpea en lo más recóndito de mis entrañas, lo que me apesadumbra y entrega á las cavilaciones más insensatas. El conocimiento de la verdad, amor de mis amores, te mataría y me mataría, porque sin tí, yo no podría vivir una sola hora. ¡Tan necesario me es, para respirar, el perfumado ambiente que de tu persona se desprende!

—¡Ah, señor y dueño, más injusto que amado, siendo amado por sobre todo lo vivo y humano, sobre el cielo y la tierra!—contestó Zara—¿crees acaso que mi espíritu está formado del barro deleznable que forma los de las otras esclavas? ¿No me consideras superior á ellas? Pues sabe, amor de mi corazón, que lo más horrendo, lo más absurdo y criminal, si de tí viniese, ni conseguiría espantarme, pero ni aun siquiera me impresionara á dejar de verlo grande, bello y magnífico; porque tus crímenes mismos son para mí hazañas virtuosas, y las torturas que puedas proporcionarme me facilitarán el medio de aquilatar y purificar el amoroso afecto que por tí siento. ¡Ah, gran Príncipe! No vaciles ante ninguna consideración y dime qué mundo hay que descubrir y conquistar para que las plácidas sonrisas vuelvan á tus labios, y de tu cabeza se alejen esas tristes y penosas ideas que te enferman y afligen.

Abul-Azis nada dijo; con lágrimas en los

ojos atrajo á Zara sobre su corazón, besando su frente con indefinible ternura.

Gulnara había crecido en el harem al lado de su madre, hermosa como un sueño, esbelta como una palmera, y graciosa como una hurí. Conservaba todas las cualidades de su madre; pero tenía más blanco el rostro, más atrayentes y negros los ojos, más gallardas y suaves las formas. Era la misma Zara más perfecta, más refinada con los mejoramientos queda una nueva evolución fisiológica. Cuando se la miraba de frente, sentíanse como desvanecimientos, y el ojo no podía resistir los resplandores que brotaban de aquel astro.

Abul-Azis la había visto crecer sin fijarse en ella, con ese desdén oriental que no lastima, ocupado sólo de la madre que, en el lleno de su belleza y de su talento, absorbía su pensamiento por entero. A veces pasaba cerca de él como una vívida exhalación y más bien sentía cierto disgusto al recordar que siendo hija de Zara debía á otro hombre, á un sacerdote odiado, la existencia.

Pero un día se la llevó Zara, cuando acababa de cumplir los diez años, y le dijo al presentársela:

—Es mi hija, un pedazo de mi alma, y quiero que la ames.

—La amaré—contestó sonriente el Visir—ya que tú lo quieres.

Y sin darse cuenta, fué prendándose, cautivándose de la pequeña Gulnara, encontrando hermosura no igualada en todo su ser y gracia exquisita, en todos sus actos: le recordaba á Zara, recién llegada de las orillas del sagrado río, sumisa, tierna, inocente y candorosa, pareciéndole que, por un maravilloso prodigio, tomaba dos formas, dos cuerpos para encadenarlo y subyugarlo más y más.

Una mañana, al besar á Gulnara como por costumbre venía haciéndolo, sintió Abul-Azis una gran tempestad en su alma: desencadenáronse furiosas y torpes las ideas, batallando en civil contienda, y la sangre subió en oleadas, como si quisiese ahogarlo, á su cerebro. ¿Qué pensamiento monstruoso ejercía de motor oculto de aquella anarquía psíquica? ¿Qué loco deseo, con saña felina, mordió rabioso en sus carnes?

—¡Oh!—exclamó—sin duda he perdido la razón; esto ni debe concebirse ni puede alimentarse; muera al nacer tan desordenado pensamiento. Y como deseando huir de un tormento que no le dejaba á ninguna hora, abandonó su palacio y visitó las provincias del imperio, distribuyendo justicia en donde escaseaba y otorgando todo el bien posible á los desgraciados. Procuraba olvidarse de su anhelo insensato, que le destrozaba el corazón como si en él se agitasen furiosas millares de ser-

pientes, practicando obras de misericordia; y cuanto á tal intento encaminado verificaba, resultaba estéril, porque mayor era la fuerza desconocida que le llevaba á encontrar natural y justificable su vitanda aspiración.

Volvió á su morada y á los brazos de Zara, pero ya no fué el mismo hombre de los pasados y alegres días. Hondas tristezas, amarguras sin nombre y melancolías aniquiladoras le asaltaban de continuo, no siendo parte á librarle de ellas ni el amor de Zara, redoblado y más fervoroso con el trascurso del tiempo, ni los triunfos que alcanzaba en la gobernación del imperio, de cuyo señor era el Ministro más favorecido y amado.

«Nada escapa á la penetración sutil de la mujer», ha dicho el Profeta; y Zara, que era mujer y de un espíritu sutilísimo, pudo, á poco de intentarlo, conocer la dolencia de su amante, la causa horrible que lo engendraba.

Cuando se convenció de la certidumbre de su triste descubrimiento, se dejó caer al suelo, dió con su frente sobre los duros mármoles é invocó, desesperada y frenética, la muerte.

—Dios—pensó—¿consiente tal aberración? ¡Ah! ¡Qué horrible injusticia!

Mas no tuvo una frase de reproche ni de queja para su amado. ¿No era su Dios y Señor? ¿No le había dado su cuerpo y su alma, sus esperanzas y sus ensueños, su presente y su porvenir, cuanto, en una palabra, de ella había nacido? Y, en último extremo, ¿no era Abul-Azis un ser extraordinario y superior que se apartaba de la vulgaridad de los demás de su especie, y al cual podía tolerársele todo? ¿Por qué se espantaba y entristecía si la nueva pasión del ser idolatrado no venía sino á confirmar y á robustecer la que por ella había concebido? Discurriendo en este sentido, concluyó por encontrar irracional su dolor y de una legitimidad indiscutible el deseo de Abul-Azis. Levantóse del suelo, arregló su desordenada cabellera, compuso su rostro revistiéndolo de la más inefable y pura de las sonrisas, y llamando á Gulnara la tomó de la mano, encaminándose con ella hacia las habitaciones del Visir.

Hallábase éste, como de continuo, entregado á sus estudios y á sus difíciles trabajos, con los que, á veces, conseguía adormecer sus pesares; y recibió gran sorpresa al ver cerca de sí, y cogidas de la mano, á la madre y á la hija, á las dos únicas personas que amaba en el mundo, que ahora le parecían una sola.

—Señor—dijo con voz dulce y acento reposado y tranquilo Zara—tu esclava, tu fiel enamorada, la que te ha consagrado su vida y quiere no morir para velar constantemente tu sueño, desea que no sufras, no puede permitir que un solo deseo tuyo quede incumpli-

do. Habiendo comprendido cuál es el que motiva tus pesares, vengo á ponerle remedio. Tómala—prosiguió, empujando á Gulnara, hacia Abul-Azis, tuya es porque ella soy yo; porque su carne es mi carne y su sangre la que por mis venas circula, y la misma que me da aliento y vida para adorarte. Su alma es también mi alma, y aquí no hay más que dos corazones para amarte, para bendecirte, para respirar y vivir de tu vida idolatrada y preciosa.

Abul-Azis asombrado, mudo, suspenso ante aquella generosidad extrahumana, nunca por él concebida, iba palideciendo á cada palabra que salía de los labios de su esclava; una agitación extraordinaria conmovía toda su persona, y toda ella temblaba como presa de un vértigo mortal.

Levantóse de su asiento, y acercándose al grupo, no menos bello que tierno y melancólico que formaban Zara y Gulnara, después de abrazarlas y besarlas, cayó desplomado al suelo, pudiendo con gran dificultad articular estas palabras:

—Zara, amor de mis amores, sería un malvado si sobreviviese á tu abnegación y aceptase tu heroico sacrificio.

Y espiró el infeliz Visir sonriendo á sus ciegas enamoradas, que lanzaron al cielo imprecaciones horribles, desesperadas de que consintiese que un hombre tan adorable y superior cayese vencido por un deseo tan fácil de satisfacer.

Amortajáronle piadosamente las dos mujeres; veláronle largos días, confiando en una inesperada resurrección, y convencidas al fin de su inmensa desgracia, diéronle santa y fresca sepultura.

Llorándole siempre; cuando el sol brotaba al amanecer y cuando se hundía tras las montañas que guardaban la ciudad; entregándose á ejercicios religiosos durante la noche para que su espíritu se dignase descender hasta ellas desde el Paraíso, retiráronse á la postre al desierto, y en él perecieron, sin olvidar un minuto á su incomparable amante.

—Tal es—concluyó Mr. Stein,—la triste historia de Abul-Azis, Visir del imperio, que oí contar en mi último viaje al Cairo.

W. A. INSUA.

La novela española en 1898.

El año que acaba de terminar no ha podido ser más funesto para los españoles: cuantas desgracias pueden ocurrirle á una nación las ha sufrido nuestra infortunada España en tal cantidad, que tan sólo un pueblo tan viril como el nuestro puede soportarlas.

Han sido tantas las desventuras, que para llorarlas han sido todos los momentos, todas las energías del alma, todo el llanto de los ojos: por esta razón creo yo que merecen parabienes de todos aquellos hombres de buena voluntad que con los frutos de su ingenio han procurado que demos descanso al abatido ánimo en las serenas y puras regiones del arte.

La literatura en general ha estado este año como alicaída y sin fuerzas, notándose este abatimiento sobre todo en el teatro, que no ha producido ninguna obra de verdadero mérito.

En cambio, la novela ha gozado de desusada lozanía: si la memoria no me es infiel, las novelas que más han aplaudido y festejado la crítica y el público, han sido las siguientes: *Zumalacárregui*, *Mendizábal*, *La Barraca*, *Un alma de Dios*, *El lagar de la Viñuela*, *Blancos y Negros*, *La tierra de Campos*, y *Sitilla*: total ocho, número que aquí donde la producción literaria es tan escasa, me parece tan respetable, que bien puede decirse que este año los españoles no hemos manejado ora la pluma, ora la espada, sino que ambas se han manejado á un tiempo y de firme.

El ilustre escritor D. Benito Pérez Galdós, es el autor de *Zumalacárregui* y *Mendizábal*, novelas que forman los dos primeros tomos de la tercera serie de esa gloria española que se llama «Los Episodios Nacionales»; ambas obras me parecen dignas (y este es su mayor elogio) del numen peregrino que ha producido *Fortunata y Jacinta*, *Gloria* y otras preciadas joyas de nuestra literatura.

Zumalacárregui es un encanto; un libro lleno de poesías y ternura, que conmueve dulcemente el alma.

Mendizábal es una novela de vivo y picante interés: su lectura es tan amena é interesante, que dudo yo haya persona que deje el libro hasta llegar al fin.

Los personajes son todos de cuerpo entero: *Calpena*, *Aura*, *Mendizábal*, la *Zahon*, y sobre todo el presbítero *Hillo* honran á sus hermanos *Miquis*, *Ido del Sagrario*, *Relimpio*, *Marianela*, *Pío Coronado*, *Orozco*, *Vieira*, etc., etc.

Otra novela admirable se ha publicado este año, se llama *La Barraca*; su autor es el notabilísimo cuentista y fogoso orador D. Vicente Blasco Ibáñez.

Blasco es una de las más notables personalidades de la moderna literatura: sus cuentos *¡Mátala!*, *Condenada*, *San Antonio de la Florida* y *La Caperuza*, son hermosísimos, y sus novelas *Flor de Mayo* y *Arroz y Tartana*, muy notables.

Con *La Barraca* se ha ganado el tercer entorchado de novelista: cuanto se puede pedir á una buena novela—interés, pasión, personajes de carne y hueso, estilo natural y sencillo, lenguaje apropiado—en *La Barraca* se encuentra.

La obra tiene páginas magistrales; sirvan de ejemplo aquellas en que se pinta el dolor de los huérfanos al acompañar al camposanto á su víctima, el infeliz Pascualet.

Un alma de Dios, de Ochoa también, merece elogios: su autor, que pertenece á la nueva generación literaria, ha sido felicitado, con motivo de la publicación de esta novelita, por Pereda, el novelista eminente, y por Clarín, el crítico ilustre.

Bien merece los elogios el joven escritor.

Canciones, el protagonista de *Un alma de Dios*, es una creación digna de un artista.

Arturo Reyes, autor de la famosa y hermosa novela *Cartucherita*, también ha contribuido al brillo de la novela española con su obra *El lagar de la Viñuela*.

Libro tan hermosamente sentido y escrito bien merece los elogios que se le han prodigado.

Reyes, que es un poeta, sabe poner tanta pasión, tanta alma, si se me permite la frase, en sus personajes, que éstos llegan á interesar de viva manera.

Por eso todos los lectores nos alegramos que Agustín vuelva á Cuba, y Bernardo y Dolores puedan ser el uno del otro.

El lagar de la Viñuela señala un adelanto en la carrera literaria del escritor malagueño, en quien alabo, sobre todo, el primoroso arte que tiene para dialogar.

En esto, no creo que tenga rival, y quien lo dude, puede leer los diálogos entre el Inglés y *Cartucherita*, y Bernardo y Dolores.

Al leerlos, he pensado muchas veces que Reyes sería un gran autor dramático: si me honrase con su amistad, ó mi parecer pudiera tener alguna importancia para él, yo le rogaría que escribiese alguna obra para el teatro, tan necesitado de buenos autores. ¡Oh, qué encanto oír decir á unos buenos actores esos diálogos en que brillan el saleroso garbo y la ternura exquisita de los nacidos en la bendita tierra andaluza!

El autor de la novela *Blancos y negros* es D. Arturo Campión: á mi juicio, el defecto de esta obra consiste en que el autor quiere tratar de muchas cosas en ella: la pasión amorosa, la pasión política, las rivalidades propias de los pueblos, etc.

Naturalmente, esto perjudica á la unidad de la novela, que es merecedora de aplausos entusiastas por otra parte.

Hay en ella capítulos como *Chispazos en el agua*, *Un misionero*, *Nuevos motivos para el aria de la calumnia* y *Coleadas del diablo*, que los firmaría, sin desdoro, el novelista más eminente, y tipos como el de la *Americana*, *Mario*, *Osam'ela*, *Josepantani* y *José Martín*, que están tratados de mano maestra.

También merecen aplausos los Sres. Macías Picavea por su novela *La tierra de Campos*, y D. Emilio Gutiérrez Gamero, autor de *Sitilla*.

Ambos escritores demuestran que poseen felicísimas condiciones para cultivar con gloria el difícil arte de hacer novelas. Nada digo de la novela *Los trabajos de Pío Cid*, original del malogrado escritor Ganivet, por no repetir lo que en estas mismas columnas ha dicho el notable literato D. Rafael Altamira.

*
* *

Como, excepto Galdós, la mayoría de los autores de las novelas á que me he referido en los párrafos anteriores, son jóvenes y están ahora en la fuerza de la producción literaria, me parece que no está demás decir algo de la tendencia que en sus obras observo, que puede muy bien reducirse á esto: al afán ó deseo de *regionalizar* la novela.

Quiere decirse que los modernos novelistas, siguiendo el ejemplo del maestro Pereda, no se inspiran en las pasiones, vicios y virtudes de todos, sino que sólo á pintarnos el modo de sentir de la región que les vió nacer ó que es para ellos más preciada.

Así Reyes tiene que llamar á sus obras *novelas andaluzas*; Blasco Ibañez pudiera muy bien llamar á *La Barraca*, novela valenciana ó mejor huertana, pues las pasiones del hombre de la huerta—el agua, la tierra y la escopeta—tan sólo se comprenden en la hermosa región levantina, y algo de esto pudiera decirse también de Campión al hablar de esas rivalidades entre blancos y negros que tienen su natural asunto en el Norte de España.

No censuro ni alabo el procedimiento de novelistas tan notables: con hacer la observación basta á mi propósito.

Ahora que tanto se habla de regeneración, me parece que más que nunca debe importarnos el brillo de nuestras letras; por ellas nos envidian muchas naciones más poderosas que la nuestra, cultivemos nuestro jardín que tiene flores como *El Quijote* y *La vida es sueño* y pidamos á Dios que concluidos los horrores de la guerra pueda brillar con toda su esplendidez el glorioso arte español

Diciembre 98.

LUIS BRUN.

Recuerdos hispano-americanos.

Ahora que los delegados de las Cámaras de Comercio acaban de discutir en Zaragoza el complicadísimo problema de la regeneración del país, limitado casi al territorio peninsular, me parece oportuno decir algo, por vía de recuerdo, acerca del origen é importancia que tuvo la Casa de Contratación de Sevilla, fundada por los Reyes Católicos con el laudable propósito, no realizado, de regenerar á España, después del descubrimiento de las Indias occidentales y de la parte meridional del continente americano, hecho por Colón en sus cuatro viajes de 1492, 93, 98 y de 1502.

Conocíanse ya en el siglo XV las Casas de Contratación, Lonjas de Comercio, Universidades, Consulados ó Colegios, que así se denominaban indistintamente los Centros mercantiles establecidos en Cataluña, Aragón y Castilla para reglamentar el tráfico entre estos pueblos y los de Europa y Africa. En 1401 se creó el Consulado de Barcelona; en 1412 el de Perpiñán; en 1482 el de Valencia, y en 1494 el de Burgos. En la Monarquía de Isabel no existieron esa clase de organizaciones hasta después de verificado su matrimonio con Fernando, de suerte, que tan útil reforma es completamente aragonesa.

En el siglo XVI fundáronse las Lonjas de Sevilla en 1503; la de Bilbao en 1511; la de Zaragoza en 1551, y en 1632 y 1682 las de Madrid y San Sebastián, respectivamente.

Tenían dichas sociedades atribuciones propias, otorgadas por los monarcas, y su jurisdicción en materias gubernativas y judiciales de carácter comercial la ejercían en un territorio determinado, como sucede hoy, por ejemplo, á las Comandancias marítimas, exceptuando á la Lonja de Sevilla que, según veremos más adelante, gozaba de grandes privilegios,

y sus facultades se extendieron á todos los dominios de Castilla y Aragón.

Dueños Isabel y Fernando de las islas de San Salvador, Haití, Cuba, Fernandina, Puerto Rico, Jamáica, Trinidad y otras muchas situadas en el Archipiélago antillano, y de los golfos de Paria y Maracúibo en Venezuela, adquiridos por Colón el primero, y por Ojeda y Américo Vespucci el segundo, consolidada espiritualmente esa propiedad por el Pontífice Alejandro VI en sus bulas de 3 y 4 de Mayo de 1493, con idénticos derechos de soberanía que los concedidos al rey de Portugal en las tierras de África, y hecha por el citado Papa la división del Océano Atlántico entre las coronas lusitana y castellana, para evitar futuras complicaciones, los reyes Católicos dedicáronse á llevar la doctrina de Cristo al Nuevo Mundo, á explotar sus riquezas naturales y á civilizarlos con nuestra raza, idioma, leyes y costumbres, y con todos los adelantos que teníamos en agricultura é industria, los cuales, si realmente valían poco porque estábamos muy atrasados, eran un gran paso en el camino del progreso moral y material de los pueblos de América.

En 1503 se inauguró la casa de Contratación de Sevilla, que quedó convertida, desde esa fecha, en plaza mercantil para las importaciones y exportaciones de las Indias y Canarias. De allí salieron los ganados caballar, mular, asnal, lanar, cabrío y vacuno, que eran desconocidos en América, exceptuando unos cuadrúpedos análogos á los bueyes que sólo existían en Méjico, y las *llamas* utilizadas por los peruanos para los transportes; y de allí partieron nuestros buques, con el café, la caña de azúcar, las cepas de uva y las semillas de trigo, cebada, avena, arroz, garbanzos y otros productos muy necesarios para la vida, que constituyen un elemento de riqueza grandísimo en todos los países descubiertos por Cristóbal Colón.

Hemos recibido en recompensa las plantas de patata, batata, coco, maíz, tomate, cacao, tabaco y los roedores llamados *ratas*.

Los americanos ganaron mucho más que nosotros en el cambio de productos, pues en el suelo de España han arraigado poco las plantaciones de cacao que podían venderse á precios muy crecidos, mientras que los animales y vegetales remitidos de aquí se multiplicaron en América de un modo extraordinario.

Organizáronse en Sevilla las famosas expediciones dirigidas por navegantes tan intrépidos como Solís, Ponce de León, Núñez de Balboa, Cortés, Magallanes, Olid, Alvarado, González Dávila, Pizarro, Almagro, Benalcázar, Quesada, Iraola, Ayolas y algunos más

que engrandecieron la Corona de España en los *veintiseis años* transcurridos desde 1509 á 1553, con los descubrimientos y conquistas del Río de la Plata (1509), la Florida (1512), el Océano Pacífico (1518), Méjico (1519 á 21), el Estrecho de Magallanes (1521), la América central (1520 á 24), Perú (1525 á 31) y Chile, Colombia, Panamá y Paraguay en 1535.

Colón descubrió en sus dos viajes de 1492 y 93 las islas de Cuba y Puerto Rico, y en este año desastroso, desde 1598, las hemos perdido por culpas propias y ajenas. La primera expedición que hizo el insigne genovés en las carabelas *Santa María*, *Pinta* y *Niña* costó 1.140.000 maravedises de plata, equivalentes á 20.633 pesetas, cuya cantidad fué anticipada á Isabel la Católica por el escribano de cámara D. Luis Santángel, para evitar que la reina empeñase sus alhajas, como pensaba hacerlo, pues carecía entonces de la suma de *cuatro mil duros*, que tiene hoy cualquier tendero regularmente acomodado, y ahora acabamos de perder las referidas Antillas, con un gasto de 2.500 millones de pesetas, de 100 000 hombres muertos por el clima tropical y las balas enemigas, y de otros 100.000 españoles enfermos é imposibilitados para los trabajos agrícolas é industriales de esta Patria arruinada.

Nuestras exploraciones por las costas insulares y continentales del Nuevo Mundo, y las luchas sostenidas con los indígenas, nos dieron, de 1492 á 1535, el imperio colonial más grande y rico del planeta, y las guerras emancipadoras sostenidas, de 1810 á 1825, y de 1895 á 1898, con nuestros hijos (porque los blancos y mestizos dirigieron siempre el separatismo ultramarino), nos dejaron sin un metro de terreno en América. El período conquistador fué de cuarenta y tres años, y el emancipador de diez y ocho, mal contados.

La casa de Contratación de Sevilla era la única habilitada en España para hacer el comercio con las Indias de 1503 á 1522, y tenía además el derecho de recibir y mandar mercancías á Europa y Africa, sin estar sujetas á ningún género de impuestos. En ese espacio de tiempo, adquirió la ciudad andaluza tal importancia, que alarmó á todas las regiones marítimas de la Península, las cuales veían con pena y con envidia que el tráfico se marchaba á Sevilla, y esta desviación del movimiento comercial les perjudicaba mucho en sus intereses.

Los puertos bañados por los mares Cantábrico, Atlántico y Mediterráneo no podían establecer relaciones con América y Canarias por haberlo prohibido terminantemente la autoridad Real, ni casi podían establecerlas tampoco con Europa y la parte continental de

Africa, porque los productos que entraban y salían por Sevilla hallábanse exentos de contribuciones; y como el comercio de Barcelona, Valencia, Málaga y otras plazas con Francia, Inglaterra, Flandes é Italia, estaba cargado de gravámenes, se hacía imposible la competencia.

JOSÉ DE PARRÉS SOBRINO.

De chicos para grandes.

EL DAÑO VISTO

Detrás del pobre viejo, de cuerpo doblado y enteco, y de roto traje negro, iba, como de costumbre, un grupo de muchachos injuriándole y maltratándole.

Cada vez que el viejo clamaba auxilio, ó intentaba rechazar con su palo á los más atrevidos, aumentaba la gritería de los irreflexivos y crueles muchachos, quienes, á compás, arrojaban al viejo piedras y basuras.

Fué certero el puñado de barro endurecido que al rostro del pobre tiró Miguelillo, el más travieso de todos. El viejo se quejó, y volvióse contra el grupo, increpándolo. Los muchachos saltaron y escandalizaron con mayor regocijo.

—¡Viva Miguelillo, que le ha tapado un ojo al viejo!—gritó uno de los revoltosos.

—¡Huye, Miguelillo—dijo otro—que ahí está tu padre!

Miguelillo no pudo huir. En tanto que sus compañeros se escaparon por distintas calles, su padre se le acercó, y le hablaba con severidad.

—¿Qué has hecho, Miguel?... Eres un medio hombre y de nada te sirven los consejos para que ayudes al desvalido y te apartes de los que no se compadecen de los desgraciados... Tampoco tienes presente lo que te he referido de aquella mujer de la Vega, que se reía á todo trapo cuando los chicuelos se burlaban despiadadamente de una anciana loca, y los estimulaba diciéndoles que la infeliz era bruja, y años después, vieja la mujer y dominada por el vicio del aguardiente, ella misma se vió insultada y apedreada por los mozalvetes... ¡También las tundas, si eficaces por el pronto, las olvidas fácilmente!... ¡Miguel, voy á darte una, que no la vas á olvidar!... Pero... no, no te pego... Ven: verás lo que has hecho.

El padre cogió á Miguelillo por un brazo, y ambos siguieron detrás del viejo, el cual, viéndose libre de la turba, limpióse el rostro,

y con la mano puesta sobre la parte dolorida, aceleró el paso lo que pudo.

Pasaron varias calles.

El viejo entró en su miserable habitación, y tras él entraron Miguelillo y su padre, y los curiosos de aquella casa de vecinos.

—¿Le han lastimado, buen hombre?—preguntó el padre.

—Sí, señor; unos pícaros callejeros me han lastimado... Aquí, en la mejilla y en la oreja me duele..."

—¡Canastos!—exclamó una vecina—¡Qué rosetón trae el pobre del señor Francisco! ¡Tiene alguna sangre! ¡Voy por árnica!...

—¡Como que ya no me puedo valer y estoy tan solo!...—siguió diciendo el viejo—¡Ah! ¡Si estuviera aquí mi hijo!

—¿Dónde está su hijo?

—Señor, es soldado y está muy lejos.

El viejo se quejaba.

Miguelillo, inmóvil, con los labios muy cerrados, miraba compasivamente al señor Francisco.

La vecina acudió con trapos y árnica.

—Miguel—dijo el padre—vamos á curar á este pobre anciano.

Así lo hicieron. Y después de vendar y de consolar al viejo, echóle el padre unas monedas en el bolsillo.

El señor Francisco cogió á Miguelillo de una mano, y le dijo:

—Niño, muchas gracias. ¡Que tus manos siempre hagan bien á los desgraciados! ¡Que nunca los martirices, como hacen esos pícaros de la calle!

Miguelillo estaba conmovido y no pudo responder.

Padre é hijo se despidieron del señor Francisco y de los curiosos.

Caminaron un rato silenciosos... Miguelillo iba meditabundo. El padre le observaba.

—Miguel. ¿Qué piensas?

—¡Que no volveré en mi vida á maltratar á los desgraciados!

Por la transcripción,
ALEJANDRO GUICHOT.

LAS ESCUELAS

DEL AVE MARIA EN GRANADA

Existe en la ciudad de Granada una fundación, cuyo propósito es educar, pero educar al pobre, al desvalido, al que no cuenta con medios, no ya para instruirse, ni aun siquiera

para comer. Escuelas del Ave María, tiene por nombre esta fundación, y su lema es: «todo es gratuito para todos; el niño sólo pone su persona; de su cuidado y educación se encarga la casa». Allí, pues, se educa á la gente desamparada de todo alimento físico y espiritual. Más aún: allí se regenera, se transforma por completo, á una raza contumaz á toda cultura, á la *raza gitana*, obteniendo de ella resultados tan satisfactorios como de los castellanos.

El fundador de estas Escuelas, D. Andrés Manjón, catedrático de Derecho Canónico en la Universidad granadina, expone el objeto de ellas diciendo: «El pensamiento final de estas Escuelas es educar enseñando, hasta el punto de hacer de los niños hombres y mujeres cabales, esto es, sanos de cuerpo y alma, bien desarrollados, en condiciones de emplear sus fuerzas espirituales y corporales en bien propio y de sus semejantes; en suma: hombres y mujeres dignos del fin para que han sido creados y de la sociedad á que pertenecen». Como se ve, no puede ser más amplio el pensamiento en cuanto á educación. En las Escuelas del Ave María se educa: *moral, estética, intelectual y físicamente*, pues su fin es hacer *hombres y mujeres cabales*.

Sentimos no disponer de espacio suficiente para exponer detalladamente todos los procedimientos de enseñanza que en dichas Escuelas se emplean. Pero teniendo el asunto una gran importancia, mencionaremos algo de lo que allí se hace, por si alguien, interesado en socorrer al pobre, y con deseos de hacer un gran servicio á su patria, quisiera imitarlo.

La educación moral nadie podrá tacharla de deficiente. La enseñanza de la doctrina cristiana; la vigilancia constante que sobre los niños se ejerce; el amor al trabajo; las buenas costumbres que se crean entre ellos lós habitan al bien obrar, realizando una perfecta educación moral.

En cuanto á la educación estética, tiene, como primer factor, la belleza incomparable del sitio en que se encuentran las Escuelas. En las márgenes mismas del poético río Darro, distribuidas en varios *cármenes*, de copudos árboles, de grandes embovedados de rosales, parras y pasionarias, de abundantes y cristalinas fuentes, asiéntanse las Escuelas del Ave María. A estas condiciones locales hay que añadir la enseñanza de la música, sublime arte que despierta en los corazones de los niños nobles sentimientos; la de canto, que se asocia á las prácticas religiosas y á las clases en que es posible; la del dibujo, cuya utilidad para la vida no es necesario encarecer. Artes todas que educan el sentimiento suavizando el ca-

rácter, y cuya enseñanza reúne la ventaja de dar á conocer las aptitudes artísticas de los niños.

Sumamente amplia, la educación intelectual, citaremos sólo dos ejemplos para que se comprenda la facilidad con que los niños del Ave María aprenden ciencias de difícil asimilación.

En el primer ejemplo nos referimos á la Geografía. Además del estudio en el mapa mural y en mapas que en el jardín hacen los niños, tienen un juego llamado de las *esquinas*. Consiste éste en dar á cada ángulo del local en que juegan el nombre de cada provincia española, de las naciones del mundo, de los principales ríos, de los mares, etc. Así, jugando, llegan á adquirir los conocimientos necesarios á toda persona culta.

En el segundo ejemplo haremos mención del juego llamado de *moros y cristianos*, con el cual pasan revista á los principales hechos de la Historia patria. Divídense en dos bandos, moros los unos y cristianos los otros. Uno de los chicos, colocado en una especie de tribuna, hace una pintoresca y sencillísima narración histórica, durante la cual los dos bandos escuchan atentos provistos de sus *armas*; al llegar, por ejemplo, á la acción del Guadalete, uno y otro *ejército* comienzan á *luchar*, pero al fin *ceden* los cristianos, pues la voz del perorador indica que fueron vencidos. Viene después la *batalla* de Covadonga, y aquí los *moros* sufren la *derrota* con un buen *desquite* de los cristianos. Por análogos procedimientos se enseñan la Gramática, Historia Sagrada, Aritmética, etc.

Por lo que respecta á la educación física, además de la belleza é higiene del sitio de las Escuelas, del que ya hemos hablado, contribuyen á la perfecta realización de ella, los continuos ejercicios que verifican los niños con el cultivo de los jardines y campos de labor bajo la dirección de un maestro.

Tal es la Fundación del Ave María. El sostenimiento de ella corre á cuenta del bienhechor D. Andrés Manjón y de las personas que le envían algunos socorros. Calcúlase que dicho señor lleva gastado en su fundación unos *treinta mil duros* en diez años. Como dato, transcribiremos la última cuenta de gastos é ingresos que publica en su última Memoria referente á la Fundación.

	Pesetas.
Donativos de particulares en dinero y efectos.....	38.031,50
Gastado en las escuelas.....	53.051
<i>Diferencia.....</i>	<i>15.019,50</i>

Y esta diferencia en la cuenta de 1897 á 1898, como las de los años anteriores, es satisfecha por el Sr. Manjón.

FRANCISCO SÁNCHEZ MORENO.

EL MAPA DEL HOMICIDIO EN ESPAÑA

I

Si recorremos un atlas cualquiera de la delincuencia (por ejemplo: el de Anfoso, ó mejor aún, el de Ferri, puesto que de éste vamos á servirnos), quedaremos sorprendidos al observar cómo las razas que se reparten la población del continente europeo y las islas próximas, acusan su disposición particular á uno de estos dos delitos típicos: el homicidio y el robo.

Mientras los pueblos germanos y anglosajones se distinguen en el mapa moral de Europa por la tinta amarilla que, convencionalmente, suele usarse para la representación de los delitos contra la propiedad, la raza latina casi agota por sí sola la tinta roja destinada para los delitos contra las personas. Con el rojo más llamativo (como que representa un promedio de 95,1 á 98 homicidios por cada millón de habitantes), se señala Italia, al fin cuna de la raza. Con tono inmediatamente inferior sigue España (74,1 á 77); después Portugal (23,1 á 26); después Francia (14,1 á 17), y si es verdad que Bélgica ofrece á la vista el mismo matiz que Inglaterra y Escocia (5,1 á 8), es decir, la cuota mínima, en cambio la pequeña Rumanía conmemora sus orígenes de colonia latina tiñéndose con el color metropolitano en tono no muy inferior al que corresponde á España (38,1 á 41).

No es menos interesante reparar que emigrados en otras partes del mundo, los pueblos europeos rehacen la carta criminal de Europa dentro del total de la delincuencia del país en que se encuentran. Augusto Bosco, estudiando el homicidio en los Estados Unidos, halló, en efecto, la criminalidad sangrienta de los extranjeros procedentes de Europa repetida en esta escala: Suecia, Noruega y Dinamarca, 5,8 por 100.000 habitantes; Alemania, 9,7; Inglaterra y Escocia, 10,4; Austria, 12,2; Irlanda, 17,5; Francia, 27,4; Italia, 58,1. Faltan noticias de los homicidios cometidos por españoles; pero sus descendientes los mejicanos to-

man su representación y la llevan con tanto celo que asciende su participación hasta 116,9 por la misma cifra de 100 000 habitantes.

II

Podemos, pues, decir que, como todos los países latinos, España se distingue en la delincuencia por el homicidio, tomando, ahora como antes, este concepto en un sentido amplio que comprende todas las muertes criminales (parricidio, asesinato, homicidio en su acepción jurídica...)

Esta característica es tanto más señalada cuanto que, por virtud de lo que se ha llamado «daltonismo moral», parece que existe cierta incompatibilidad ó repugnancia entre los dos tipos fundamentales de delitos. Como es frecuente oír á los homicidas jactarse de que «ellos no roban», mientras el ladrón tiene á honra «no mancharse las manos de sangre» —aunque, naturalmente, existan también «ciegos morales», impíos é ímprobos á la vez, violentos contra las personas y las haciendas, y también lo acredita la experiencia inmediata, —así Italia, que ocupa el primer puesto en las estadísticas del homicidio, tiene (según resulta de una comunicación de Bodio), el último en las del robo, y Francia, el país latino en que la tinta roja se va desvaneciendo, es también (según los mismos datos), el que sufre la más fuerte invasión del exótico amarillo.

Pero antes de echar una ojeada al mapa del homicidio en España, conviene hacer una advertencia, á saber: Que en toda representación estadística de delitos, si «son todos lo que están» (dudoso, no obstante, por causa de persecuciones injustas y errores judiciales, más frecuentes éstos de lo que se supone, pues siempre para acertar no hay más que un punto y para errar el infinito), es positivo, en cambio, que «no están todos los que son». No están, en primer término, los crímenes no conocidos, crímenes que, si tratándose de homicidios son escasos, llegan seguramente al 10 por 100 en el infanticidio y aborto; ni están tampoco, además, los crímenes conocidos más no perseguidos ó penados. Duelos, según las estadísticas, no se verificaría ninguno, pues es sabido que este delito de los *sportsman* está amnistiado por la costumbre, reservando la ley sus iras para la riña «grosera» y sin ceremonias de los trabajadores... Con todo, los delitos contra las personas en las formas escandalosas del derramamiento de sangre, son demasiado llamativos para que el juez de instrucción deje de abrir sumario (aun cuando luego se sobresea y archive); pero, ¿qué inmensa desproporción no existe en aquellos otros dirigi-

dos contra la propiedad, entre las cifras reveladas por la estadística y el número á que los hacen ascender legítimas sospechas? ¿Qué representa, reducido á pesetas, sino acaso la fracción decimal en el producto, el total de cosas en el comercio sustraídas ó expropiadas por merodeadores campestres y rateros urbanos—únicos perseguidos—al lado de los valores «distráidos», «filtrados» ó estafados más ó menos discretamente y siempre en grande por gentes «de cuyos pechos cuelgan cruces», ó bien por tantas empresas mercantiles ó industriales de esas que han transformado el rudo y brutal bandolerismo nocturno y encubierto de los caminos apartados, en otro bandolerismo culto y suave que se ejerce y se exhibe por las calles de las grandes ciudades, á la luz meridiana del sol y ante centenares de testigos?

III

Tres principales teorías existen acerca de las causas y distribución de los delitos: una pone en primer lugar para explicarlos el conjunto de causas físicas locales continuas que de ordinario se comprenden en la palabra «clima»; otra afirma la preeminencia de «factores sociales»; una tercera, por último, exalta la influencia de estados individuales peculiares de la «raza».

Ahora bien; ensayando estas teorías en nuestro asunto, la primera, expresada en la llamada «ley térmica» de Quételet, según la cual los robos corresponden al Norte y los homicidios al Mediodía, nos adelantaría un mapa cuya tinta roja iría en creciente intensidad desde los Pirineos á Cádiz. Mediante la segunda explicación, idearíamos una carta cuyas tintas se oscurecieran de Norte á Sur y de Oriente á Occidente, puesto que ésta es, según parece, la dirección en que marcha la cultura. Por último, con la tercera doctrina, trazariamos, como hace Ferri, una diagonal desde Barcelona á Lisboa, que dividiera por mitad el suelo de la Península paralelamente, sobre poco más ó menos, al límite de la mayor permanencia é influencia de los árabes. La mitad superior de España, más limpia de sangre mora, sería también la más escasa en homicidios, mientras la inferior se enrojecería por momentos en razón directa del cruce de razas y el predominio de la arábica.

Pero ninguna de éstas, previas construcciones esquemáticas, da idea del mapa del homicidio en España, tal como he podido componerle sobre las estadísticas criminales de los últimos ocho años.

La corriente de sangre alimentada por el paricidio, el asesinato y el homicidio é indi-

cada, aun cuando luego se fustre, en el delito convencional de «disparo de arma de fuego», se precipita de Norte á Sur, cruzando de arriba á abajo la Península con igual fuerza é invadiendo más el Este que el Oeste.

El Noroeste, especialmente, si se exceptúa la provincia de Valladolid, aparece casi limpio. En el Norte las provincias Vascongadas y la de Huesca, y en el Nordeste las de Gerona y Barcelona son, asimismo, otros tantos oasis en que descansa la vista. El resto se tiñe en mayor grado, y se localiza perfectamente, sin solución alguna de continuidad, la cuenca por donde corre la corriente más fuerte del delito. Tomándola desde Navarra, baja por Zaragoza, Soria y Guadalajara, se ensancha por Toledo, Cuenca y Valencia, y vuelve luego á estrecharse en Ciudad Real para inundar al fin toda la Andalucía—de la que sólo se salva un tanto Cádiz—y la provincia de Murcia.

Contando con la benevolencia de los lectores de la REVISTA, otro día volveré á precisar esta primera impresión del homicidio en España.

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS.

HERBERT SPENCER

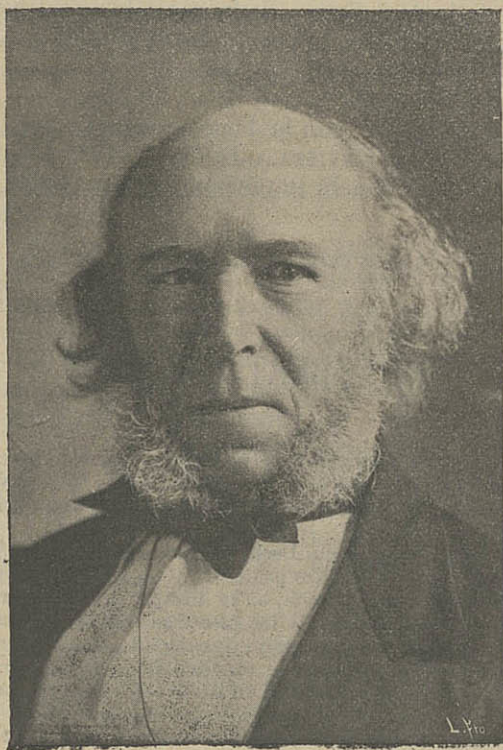
Filósofo ilustre del positivismo, es quizá de los contemporáneos, el que más profundamente influye y en más varias direcciones en el movimiento actual científico.

Nació Spencer en Derby hacia mediados de 1820; educáronle, su padre profesor, y un tío suyo pastor de la iglesia anglicana, en la disciplina de la ciencia, y fué ingeniero civil á los diez y siete años. Mientras desempeñó esta profesión, que dejó á los veinticinco, colaboraba asiduamente en *Civil Engier's and Architect's Journal*, y discutía en interesantes cartas desde *Nonconformist*, la cuestión batallona de los fines del Estado. Despues, trabajó mucho para el *Economista* hasta 1852, de camino que emprendía con ahinco estudios especiales de filosofía, y maduraba una doctrina. «Estática social» fué expresión primicial de su pensamiento sobrio y austero y precedente á la vez de «Principios de Psicología», los «Primeros Principios», «Principios de Biología», «Principios de Sociología» y de tantas obras más, que vieron la luz más tarde.

Sigue hoy Spencer sin desfallecer la ruta emprendida desde tiempo hace. Trabajador incansable, no se rinde á los achaques que le acosan ni deja de producir de poco en poco nuevos libros que completan su doctrina, siempre de fecundas enseñanzas, ni accede (y anótenlo nuestros intelectuales), á abandonar en mucho su profesión científica por las luchas candentes de la política á despecho del Gobierno de su patria, que quiso siempre llevarle al Parlamento. ¡En tanto estima lo que debe á la vocación y á las exigencias de una aptitud consagrada!

♦♦

Parece que no siempre fué Spencer consecuente con su escuela, ó al menos no faltaron discípulos que se hayan apartado del maestro por sus disquisiciones metafísicas, ni historiadores de la filosofía que le apelliden el metafísico del positivismo. Spencer concibe la ciencia como el saber parcialmente unificado, dejando para la filosofía como el grado más elevado de la generalización, el saber unificado enteramente; pero ambas como la religión se hallan limitadas por realidades inconcebibles, se hermanan en el conocimiento de lo impenetrable de la potencia manifiesta en el Universo; sólo se tiene conciencia vaga de lo incondicionado, porque va implícita en la relatividad del conocimiento la existencia de un No Relativo, ó Absoluto real, siempre incongnoscible. El aspecto que dá á lo incongnoscible en las Instituciones eclesiásticas» avivó las suspicacias entre algunos de sus discípulos, y tal vez justificó cierta manera de ser idealista que le atribuyen todos.



Herbert Spencer.

Lo demás de la filosofía de Spencer, lo cognoscible, concretase á la evolución. Todo el Universo como sus particularidades más insignificantes, evoluciona. Una distribución incesantemente renovada de materia y movimiento, sin otro límite que el reposo en lo inorgánico y en lo orgánico la muerte, hace pasar al agregado coherente de una homogeneidad indefinida á una heterogeneidad definida, por virtualidad intrínseca de la fuerza incognoscible. Tiene tres fases ese movimiento: la inorgánica, la orgánica, la super-orgánica; abarca al mundo sideral en conjunto, como á los miembros de su sistema, á la sociedad, cuerpo vivo que progresa hacia un volumen creciente, como al individuo, que evoluciona adaptándose á la finalidad que persigue, sabiendo á lo sumo de la adaptación esa, y sin poder nada por ella nada.

Tal es la doctrina contenida en los Primeros Principios, desarrollada en todos sus libros, aun en los anteriores. Por ella llega en la Psicología á considerar la vida como la adaptación continua de las relaciones internas á las externas, el espíritu como el substratum de las porciones separables que en él distingue la introspección, las sensaciones y las emociones, formando los estados de conciencia; en la Sociología, productos de generalizaciones empíricas extraídas de los diversos caracteres de las sociedades varias, ó de las fases distintas de la misma sociedad, observa como en esta y con ella, los sentimientos y las ideas del hombre evolucionan, generando en las múltiples instituciones (domésticas, eclesiásticas, políticas, industriales y ceremoniales) en que se diversifican por la cohesión, multiformidad, actitud definida de sus formas como agregado, heterogeneidad, individualidad y por la adaptación, vida...; en la Moral tiene adecuada manifestación el principio evolutivo en el equilibrio de la constitución del ser y las condiciones de la existencia, lo mismo en la individual, igual para la humanidad entera que en la Justicia que concibe tan á la manera de Kant, que en la social integrada por la Beneficencia en todos sus aspectos...

**

Sobre las relaciones de la Justicia con la Beneficencia en Spencer, de actualidad palpitante como cuanto se refiere á la esfera de acción del Gobierno, formáronse opiniones contradictorias y para todos los gustos, cuando hubo resumen en *El Individuo contra el Estado*, sus ideas capitales.

Reputa Spencer al Gobierno de Inglaterra cada día más apartado, gracias á la política de los conservadores, á la ineptitud de los legisladores y á las supersticiones parlamentaristas que corren como buenas, del régimen industrial, de los beneficios de la libre cooperación del contrato. Si no se evitan—dice—las medidas de extensión del Gobierno á la libertad individual de la persona, volverá el odioso régimen militarista, de cooperación obligatoria, el socialismo que es la futura esclavitud de las sociedades... Y Franc-Farman Hymann, los socialistas en general, acusan á Spencer de cruel ante la causa de los pobres, inconsecuente con su doctrina de *Estática Social*, de ilógico con su doctrina de la evolución, de la que sacan (por ejemplo Ferri), materiales para las otras suyas.

Para otros es Spencer un individualista, así como un economista—en estas cuestiones—de la antigua escuela, sin más novedades que el evolucionismo, y en él se informan muchos de los mantenedores de esta tendencia; ahora, hasta los anarquistas encuentran en Spencer cimientos para sus concepciones y justificación para sus obras...

Lo cierto es que vive todavía el pensamiento de Spencer batallador y pujante, y que encierra grandes enseñanzas.

LEOPOLDO PALACIOS.

LIBROS RECIBIDOS

L'ame du criminel, por el Dr. Maurice de Fleury—1 vol. de 192 páginas, 2,50 fr. París, alcan. 1898.

Blancos y negros, por Arturo Campión. Erice, imprenta y librería, Pamplona, 1898.

Notas sobre arbitraje internacional en las repúblicas Latino americanas, por G. Toro, profesor de la universidad, Santiago de Chile, imprenta Mejía 1898.

SUMARIO DEL NÚMERO 5

TEXTO

Literatura y Arte: La pintura española contemporánea, por B. y M.—El final de una historia, por Luis Bello.

Educación: Crónicas femeninas, por María Goyri.—**Pedagogía y medicina:** Armonías entre la educación y la salud, por el Dr. Cervera y Barat.

Política: Crónica internacional, por A. Sela.—El obrero y las leyes... españolas, por A. Buylla.

Sociología: La «finalidad» del socialismo, por J. J. Morato.—Crónica social, por L. D. Canseco.

Variedades: Crónica científica, por L. de Hoyos Sáinz.—Doña Concepción Arenal, por X. X.—D. Francisco Coello, por C. S.

Revista de Revistas, por la Revista.

Bibliografía.

Libros recibidos.

FOTOGRAFADOS

La niña perdida.—La varadura de la barca.—D. Marcos Jiménez de la Espada (retrato).—Doña Concepción Arenal (retrato).—D. F. Coello (retrato).—D. Angel Ganivet (retrato).

SUMARIO DEL NÚMERO 6

TEXTO

Literatura y Arte: La pintura española contemporánea, por B. y M.—La bajada á la mina, por R. Sánchez Díaz.—Angel Ganivet, por Rafael Altamira.

Educación: Huelgas escolares, por A. Sela.—**Pedagogía y Medicina** (conclusión), por el doctor Cervera y Barat.—De chicos para grandes: *Distribución racional* (cuento), por Alejandro Guichot.

Sociología: Exceso de practicismo, por F. Orbe.

Política: Opiniones del Sr. Labra acerca del tratado de París, por la Revista.

Variedades: Con motivo del crimen, por C. Bernaldo de Quirós.

Revista de las Revistas, por L. R.

El Dr. Simarro, por C. B. de Q.

FOTOGRAFADOS

La silla de Felipe II, por Luis Alvarez.—D. Luis Simarro (retrato).

CONDICIONES DE LA PUBLICACION

La REVISTA POPULAR aparece todos los viernes en cuadernos de 16 páginas.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

	Número suelto..	20 cts.
	Un mes (sólo para Madrid).	1 pta.
España y Portugal.....	Trimestre.....	2,50 »
	Semestre.....	5 »
	Un año.....	10 »
	Semestre.....	3 fcos.
Países de la Unión postal..	Un año.....	15 »
	Número suelto.	30 cts.

TARIFA DE ANUNCIOS

	Una inserción.	4 inserciones.	13 inserciones.
	Plas.	Plas.	Plas.
Una página (22×15 cm.).....	50	150	450
$\frac{1}{2}$ »	30	90	270
$\frac{1}{3}$ »	20	60	180
$\frac{1}{4}$ »	15	45	135
$\frac{1}{6}$ »	12	36	108
$\frac{1}{8}$ »	9	27	81
$\frac{1}{12}$ »	7	21	63
$\frac{1}{16}$ »	5	15	45

Toda la correspondencia, giros, etc., deberá dirigirse al Sr. Administrador de la REVISTA POPULAR

General Arrando, 10, segundo derecha.

MADRID

SUMARIO DEL NÚMERO 7

TEXTO

Política: Lo que pasó y pasará en Cuba, por Waldo A. Insúa.

Educación: Crónicas femeninas, por María Goyri.—Nota acerca de la extensión universitaria, por A. Buyla.

Literatura y arte: La vidriera, por L. Mauméjean.—¿Conversión? (cuento), por F. Lloret Bellido.—De la propiedad literaria, por A. J. Pereira.

Sociología: Derecho consuetudinario, por Laureano D. Canseco.—Estadística de la cooperación en Alemania. S. Mediano.

Crónica internacional, por A. Sela.

Revista de las Revistas, por L. R. P.

FOTOGRAFADOS

Ilustración de «La vidriera».—Idem del cuento «¿Conversión?».

SUMARIO DEL NÚMERO 8

TEXTO

Política: El balance de España: 1898-99, ilustrado, por Luis de Hoyos.—La supremacía anglosajona, por A. Posada.—Crónica internacional, por A. Sela.

Literatura y Arte: Deseos que matan (Historia oriental), por Waldo A. Insúa.—La novela en 1898, por Luis Brun.

Historia: Recuerdos hispano americanos, por José de Parrés Sobrino.

Educación: El daño visto (cuento), por A. Guichot.—Las Escuelas del Ave María de Granada.

Sociología: El mapa del homicidio en España, por C. Bernaldo de Quirós.

Biografía: Herbert Spencer (con retrato), por S. Palacios.

Libros recibidos.

AVISO A NUESTROS SUSCRIPTORES

Rogamos á los señores que nos han honrado con su suscripción, se tomen la molestia de remitir el importe de la misma á la mayor brevedad, si desean continuar recibiendo la Revista.

Á los señores libreros, dueños de centros de suscripciones, vendedores, etc.

Los que deseen encargarse de la venta y suscripción de esta REVISTA en los puntos donde no tenemos corresponsal, pueden dirigirse á esta Administración, la cual enviará inmediatamente las condiciones para la representación.

Para evitar molestias y gastos de correo inútiles, advertimos:

1.º Que el pago de ejemplares debe hacerse por adelantado, salvo cuando se ofrezcan referencias de primer orden.

2.º Que el descuento ó comisión es de 25 por 100 para los pedidos semanales de menos de 25 ejemplares y de 30 por 100 para los envíos de 25 ejemplares semanales, en adelante.

3.º Que admitimos devolución, aun cuando con ciertas condiciones, que más al pormenor se explican en las condiciones impresas que se remiten á los corresponsales.

Y 4.º Que no se envían ejemplares de muestra ó gratis; los que deseen un ejemplar, deberán remitir el importe en sellos de correos de España, según los precios fijados en otro lugar de la REVISTA.

BENIGNO AYORA

ALMACEN DE PAPEL DE TODAS CLASES

Artículos de escritorio y encuadernación, libros rayados, cartones, cartulinas, resmillería y sobres.

Concepción Jerónima, 15 y 17, Madrid.

Corresponsal exclusivo en Barcelona: S. DURÁN Y BORI

LIBRERÍA Y ESTAMPERÍA ARTÍSTICA: FERNANDO VII, 33